



RUSIA EN LA ERA DE PUTIN

Carlos Taibo

Madrid, Catarata, 2006

Pudiera pensarse que *Rusia en la Era de Putin* es una obra estanco, que analiza un periodo histórico concreto desgajado de otras geografías y otros tiempos políticos. No es posible, sin embargo, realizar un análisis de la realidad actual de la Federación Rusa sin tener en cuenta su vocación mundial y el papel desempeñado a lo largo del siglo XX. Más aún, en el conjunto de los estudios que el profesor y politólogo Carlos Taibo ha dedicado al espacio ruso-soviético desde 1917, esta obra es un eslabón sucesivo a otros libros consagrados a la implantación y pervivencia del estado soviético (*La Unión Soviética, 1917-1991*), su final (*La Disolución de la URSS*) o el modelo político subsiguiente (*La Rusia de Yeltsin*).

Rusia en la Era de Putin incide en la fase postsoviética y complementa el análisis del periodo posterior a 1991, iniciado con la presidencia de Boris Yeltsin, previa a la de Vladimir Putin. La atención del libro se centra, sin embargo, en el estudio de la presidencia de Putin, comenzada en 2000 y concluida

tras las elecciones de 2008, planteando la relación de continuidad que pudiera vincular a su mandato con el de Yeltsin. A fin de cuentas, ello lleva a preguntarse si en la categoría, al menos cronológica, de lo post-soviético, ambas presidencias forman un *continuum* o, en cambio, ejemplifican maneras presidenciales de índole distinta. En el fondo, la primera cuestión podría abonar la idea de que lo post-soviético constituye una categoría sociopolítica que supuso una ruptura con la época soviética; que conforma un estadio histórico con entidad propia y que, por ello, uniformiza los distintos usos políticos que en su seno se suceden. Abogar, en cambio, por una separación taxativa de ambas presidencias parece invocar la sucesión de diversos modelos históricos (sovietismo, Federación Rusa, yeltsinismo, putinismo, así como los modelos presidenciales posteriores). La principal diferencia entre dichos dirigentes, aparte de sus modos personales de hacer política, es el sentimiento de incertidumbre con que son percibidos sus regímenes. El mandato de Yeltsin, en la génesis misma de lo post-soviético, generaba incerteza ante el orden por venir. Ello era parejo a la situación internacional en el que la URSS dejaba de ser potencia y el presidente George Bush afirmaba en 1991 la conformación de un nuevo orden internacional. La presidencia de

Putin, por el contrario, parece haber abandonado la incertidumbre en favor de una acomodación tranquila al suceder cotidiano en la política rusa. Dicha evolución no es ajena al paso del tiempo y a la consolidación de los usos presidenciales a la par que a una mejora de las condiciones (económicas, sobre todo) de la Federación Rusa. Un elemento de novedad, por el contrario, viene dado por el mantenimiento de Vladimir Putin en primera línea política puesto que, una vez concluido su mandato por imperativo constitucional, ha accedido al cargo de Primer Ministro. Queda por ver si el sesgo presidencialista del sistema político ruso se decanta hacia el Primer Ministro en beneficio de Putin y detrimento de su sucesor en la Presidencia, Dmitri Medvedev. De producirse esta deriva, acaso convendría calificar a Vladimir Putin como hilo continuador de sí mismo en las diferentes magistraturas del estado ruso.

Más allá de la simple evaluación de la figura presidencial, el análisis propuesto por Carlos Taibo ha de bifurcarse entre el *ser* y *estar* de Rusia. Su dimensión territorial y, particularmente, el papel ejercido por la URSS en el concierto internacional en el pasado más inmediato así lo requiere. En este sentido, el *ser* de Rusia se refiere a la definición del marco político de la Federación Rusa fraguado ante la necesidad inescusable de establecer un sistema que se imponga sobre el finisterre de 1991. “No es sencillo caracterizar lo que es hoy el sistema político ruso”, afirma como premisa Carlos Taibo (p.28). Aporta, al respecto, una serie de definiciones que tratan de ponderar el carácter o *quantum* democrático del sistema (*democracia manipulada* o *democracia dirigida*). De hecho, Carlos Taibo se interroga, en el encabezamiento del epígrafe correspondiente, si la Federación Rusa es una *democracia de baja intensidad*, lo que no deja de ser una acertada propuesta de definir el post-sovie-

tismo. Tales intentos de definición dan cuenta a la postre, de un marco con instrumentos de democracia formal -elecciones (*democracia electoral* la denomina Diamond –p.28-), división de poderes o control de constitucionalidad- aunque sin el adecuado funcionamiento de dichas instituciones. El estudio redundante en la asimetría concluyente de la figura del presidente en perjuicio del resto de instituciones y de los contrapesos requeridos en toda democracia. A ello se suma la idea de *criptopolítica* (en el sentido de prácticas de favoritismo impulsadas desde la presidencia) o de la continua mutación de los partidos que sustentan al presidente en un sistema de alta volatilidad y disminuido protagonismo de las formaciones políticas (pocos partidos se han mantenido inalterados y con representación desde el inicio de su andadura en democracia en 1992). De ahí que el profesor Taibo incida en la minusvaloración de las elecciones parlamentarias a favor del énfasis acaparado por los comicios presidenciales. Por otra parte, el *estar* de la Federación Rusa en el mundo es abordado desde un doble punto de vista: la relación de la Federación Rusa con los estados que en su día constituyeron la Unión Soviética (espacio de influencia que la doctrina militar rusa ha denominado el *extranjero cercano*) y, de otro lado, las relaciones que Rusia pretende recomponer para afirmar su extinta función de superpotencia en las distintas regiones mundiales con el trasfondo globalizador actual. Enlazado con su reciente esplendor como potencia en un mundo bipolar, un apunte final permite centrarse en el papel de la nostalgia por la gloria pretérita. Este factor se encuentra presente en la consideración que la sociedad soviética realiza del actual orden de cosas. Y, en paralelo, entra en relación con otra de las opiniones planteadas por Carlos Taibo. Según esta idea, el esplendor pretérito es inherente a los usos, cuando menos, autoritarios vigentes duran-

te el periodo soviético. En consecuencia, un régimen fuerte sería condición *sine qua non* para retornar a los tiempos de gloria. Esta reflexión influye en que el régimen soviético sea juzgado retrospectivamente con cierta benevolencia. Dicha apreciación llevaría aún más lejos pues serviría de base a la reflexión sobre la incompatibilidad de caracteres entre la tradición política rusa y la democracia. A tal respecto, Carlos Taibo elude el determinismo que abonaría dicha incompatibilidad y expone las carencias del funcionamiento de la democracia en la Federación Rusa debidas a un funcionamiento inadecuado de los mecanismos democráticos y, en ningún caso, a la fatalidad histórica que haría de Rusia un territorio acomodaticio a regímenes autoritarios en los que la democracia resultaría una simple definición formal. Igualmente, da cuenta de ciertas iniciativas que, partiendo de la sociedad civil, aspiran a la democratización real del sistema político ruso e insiste en el espejismo de ciertas proclamaciones. Lejos de encarnar un régimen “fuerte”, Taibo opina que la presidencia de Putin es débil y la bonanza económica en que se apoya no responde a una diversificación del aparato productivo de la economía sino que se asienta en el alza de las materias primas (energéticas, señaladamente) en los mercados internacionales, variable sin duda expuestas a posibles vaivenes de precios.

A modo de conclusión, cabe afirmar que el estudio de Carlos Taibo permite seguir el desarrollo de los acontecimientos en el seno

de la Federación Rusa de un modo comparativo pues el cariz que éstos vayan tomando no invalidan ni petrifican este análisis. De igual modo, permiten su actualización y la posible (y más que probable) consolidación de las tendencias apuntadas, lo que podría convertirlas en elementos crónicos o “grietas” (según Taibo tituló en su artículo de *El País* de 29 de noviembre de 2007) del modelo político ruso. De manera análoga, será posible asistir al encaje de Rusia en la escena internacional. De dicho encaje depende que Rusia sea percibida (a tenor de los intereses del mundo occidental, en buena medida) como *megapotencia* en un planeta multipolar (en el sentido apuntado por Esther Barbé), *superpotencia* (al menos económica, según la vocación del Primer Ministro ruso, Vladimir Putin) o *semicolonia* (como aporta Kagalibki). En definitiva, siguiendo la estela de lo sugerido por Pilar Bonet (*El País*, 2 de marzo de 2008), no es sino la necesidad que la Federación Rusa tiene de superar el “nihilismo político”.

JUAN IGNACIO TORRES MONTESINOS

Universidad de Granada
juignatorres@gmail.com